

# ALGUNOS ASPECTOS DEL PROBLEMA DEL DESARROLLO ECONÓMICO \*

Samuel Lurié

## I

Lejos de tratar en toda su amplitud el problema del desarrollo económico, el presente trabajo no pretende alcanzar sino objetivos más limitados: definir el problema dentro del campo de análisis que le corresponde, esclarecer los conceptos fundamentales y proveer las bases sobre las cuales puedan fijarse ideas constructivas acerca de la materia. Se espera que este método no sólo permita dilucidar la naturaleza del problema, sino que también contribuya a que se saquen algunas conclusiones importantes relativas a la política económica atinente al desarrollo económico.

Veamos en qué consiste el desarrollo económico. Hay acuerdo general en el sentido de considerar como desarrollo económico principalmente un aumento secular del ingreso real *per capita*. Esto supone que la tasa de incremento del ingreso real total debe ser superior a la de la población. Si designamos la tasa de incremento del ingreso real *per capita* por  $r$ , la tasa de crecimiento de la población por  $\pi$  y la del ingreso real por  $R$ , tendremos:

$$R = r + \pi, \text{ o sea } r = R - \pi^1$$

Es decir, la tasa de crecimiento del ingreso real *per capita* es igual

\* El presente artículo se basa en las conferencias que dió el autor en 1953 en el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos sobre el uso del sistema de cuentas nacionales como instrumento de análisis económico, referido en especial a los problemas inflacionarios y de crecimiento económico de los países insuficientemente desarrollados. El autor es funcionario del Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas, y los puntos de vista expresados en este artículo deben considerarse como los suyos personales, sin que comprometan en modo alguno a dicha organización.

<sup>1</sup> Supóngase primero que la tasa de crecimiento se lleva a cabo por aumentos discretos de períodos anuales, de manera que

$$Y_t = Y_0 (1 + R)^t = Y_0 (1 + r)^t (1 + \pi)^t$$

Por lo tanto:  $1 + R = (1 + r) (1 + \pi)$ .

De donde:  $R = (1 + r) (1 + \pi) - 1 = 1 + r + \pi + r\pi - 1 = r + \pi + r\pi$

Si  $r$  y  $\pi$  son relativamente pequeños,  $R$  será aproximadamente igual a  $r + \pi$ , ya que el término  $r\pi$  puede despreciarse por ser el producto de dos cantidades pequeñas. En consecuencia, tenemos más o menos:

$$R = r + \pi \text{ y } r = R - \pi.$$

En términos matemáticos, diríamos que  $R$  será exactamente igual a  $r + \pi$  cuando la tasa de crecimiento sea de naturaleza continua, es decir, cuando las magnitudes resultantes del ingreso, en vez de acumularse a interés compuesto anualmente, se acumulan instantáneamente. En tales casos, la ecuación del ingreso  $Y_t$  después de  $t$  años, partiendo del ingreso  $Y_0$ , será:

$$Y_t = Y_0 e^{Rt} = Y_0 e^{rt} \cdot e^{\pi t} = Y_0 e^{rt + \pi t}$$

$$Y_t = Y_0 e^{t(r + \pi)} \text{ de suerte que } R = r + \pi.$$

a la tasa de crecimiento total menos la de la población. Si, por ejemplo, la tasa de crecimiento del ingreso real total es de 3% al año y la de la población es de 1.5%, el aumento del ingreso real *per capita* será aproximadamente:  $3 - 1.5 = 1.5\%$  anual.

Un incremento del ingreso real total va unido, por identidad, con un aumento del producto nacional. Este incremento se puede obtener de las siguientes maneras: *a)* por un aumento de la productividad del trabajo en las ocupaciones existentes; *b)* por la transferencia de mano de obra de las ocupaciones menos productivas a las más productivas, y *c)* por el aumento de la fuerza de trabajo total. En muchos casos *a)* y *b)* son soluciones que se relacionan entre sí. Por ejemplo, si hay exceso de mano de obra en algunos sectores cuya productividad marginal es muy pequeña, cero o aun negativa, cual es el caso de algunas ramas de la actividad agrícola, el pequeño comercio y otras ocupaciones similares, al transferirse el excedente de fuerza de trabajo de estas ocupaciones a otros sectores, aumentará *ipso facto* la productividad de la fuerza de trabajo restante. En ambos casos, la transferencia resultará en una adición neta al producto nacional, y el problema se comprime a reducir la llamada desocupación disfrazada, que puede definirse como una situación de ocupación de la fuerza de trabajo con una productividad muy reducida o de cero. La baja productividad puede ser de dos clases: absoluta o relativa. Si, por ejemplo, un trabajador calificado o capaz de llegar a serlo se emplea en un tipo de trabajo que utiliza sólo en parte su competencia, se tratará de desocupación disfrazada en la medida de la pérdida de su capacidad no utilizada.

El tercer caso, referente al incremento del producto nacional por un aumento de la fuerza de trabajo, significa de hecho el problema inverso, o sea el de encontrar ocupación productiva para el incremento natural de la población activa.

El crecimiento demográfico natural en América Latina, considerada en su conjunto, es, anualmente, de más o menos el 1.75% de 150 millones de personas, lo que viene a ser alrededor de 2.5 millones de personas al año. Si suponemos que la fuerza de trabajo representa el 40% de la población, que es más o menos el promedio estadístico en América Latina, ello representará una entrada al mercado de trabajo de cerca de un millón de personas cada año. Resulta de esto que hay que proporcionar factores complementarios de la producción, o sea recursos naturales y equipo de capital, para poner a trabajar el incremento de la fuerza de trabajo. Si no se dispone de semejantes recursos, los trabajadores nuevos añadirán poco, o nada, al producto existente, diluyéndose, por así decir, la productividad por hombre ya empleado y el ingreso real *per capita* de la colectividad, y agravándose todavía más el problema de la desocupación disfrazada. Esto significa que se requiere un mínimo

de aumento de los recursos productivos tan sólo para mantener constante el producto *per capita* en vista del crecimiento de la población.

En todos los casos mencionados, para incrementar el producto nacional es necesario aumentar la inversión en el capital productivo de la economía. Entendemos por capital productivo no solamente el equipo de producción propiamente dicho, que se destina directamente a la misma, sino también la inversión en obras y servicios básicos, tales como caminos y medios de comunicación, represas y obras de riego y empresas de servicio público, que proporcionen una base económica adecuada para el funcionamiento de las unidades directamente productivas. Estas inversiones básicas tienen una productividad directa, ya que amplían las llamadas "economías externas" de las unidades productivas existentes y hacen posible una mayor productividad de las nuevas que se establezcan.

La nueva inversión que se necesita para acrecentar el producto nacional consiste en parte en inversiones producidas en el interior del país, basadas en recursos de mano de obra y materias primas de origen nacional. En los países poco desarrollados también puede estar formada en buena parte por bienes de capital importados del exterior. En este último caso, la instalación del equipo importado exige además, en general, la utilización de recursos de inversión internos.

Examinemos a continuación las relaciones existentes entre el crecimiento del ingreso real y el incremento de inversión que para ello se requiere. En primer lugar, haremos abstracción de las posibilidades de obtener financiamiento del exterior y tomaremos, como primera aproximación y por razones de sencillez, el caso en el que toda la inversión se financia con ahorros internos.

A este respecto, el modelo Harrod-Domar, que se refiere al equilibrio dinámico del crecimiento del ingreso nacional, proporciona un útil instrumento de análisis. Éste ha sido perfeccionado por los economistas anglosajones con distinta finalidad, o sea para ampliar al campo de la economía dinámica la teoría keynesiana de la ocupación. El problema del crecimiento económico o desarrollo económico es en el fondo un problema de economía dinámica, pues supone para el sistema económico un equilibrio que se desplaza en el tiempo, dados los parámetros básicos y las relaciones entre determinadas variables fundamentales.

El modelo Harrod-Domar trata principalmente del problema siguiente: <sup>2</sup> supongamos una cierta economía con determinadas características, tales como la tasa de formación neta de capital o ahorro neto,  $\sigma$ ,

<sup>2</sup> Véase un examen más detallado del modelo dinámico de Harrod en el artículo de Ifigenia M. de Navarrete, "La economía dinámica de Harrod", EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. xvii, núm. 2, abril-junio de 1950, pp. 260-283. Un ejemplo de aplicación del modelo Harrod-Domar a los problemas de crecimiento de los países insuficientemente desarrollados puede encontrarse en el artículo de H. W. Singer, "La mecánica del desarrollo económico", EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. xix, núm. 4, octubre-diciembre de 1952, pp. 633-655.

y una productividad del capital dada o, como suele decirse, una “relación” dada entre el capital y el ingreso,  $\beta$ . La cuestión consiste en encontrar una tasa de crecimiento del ingreso nacional de tal magnitud que la economía se mantenga en un estado permanente de ocupación plena. Como se puede ver, éste es un problema de equilibrio dinámico.

Dados ciertos supuestos simplificadores, una solución matemática de este problema da una ecuación en que el ingreso nacional en todo momento de tiempo  $t$  se encuentra en equilibrio dinámico con relación a los ahorros, la acumulación de capital y la corriente del ingreso, como sigue: <sup>3</sup>

$$Y_t = Y_0 e^{\frac{\sigma}{\beta} t} \quad (1)$$

siendo  $Y_0$  el ingreso al principio del período  $t_0$ .

Si se combina esta ecuación con la ecuación del crecimiento del ingreso desarrollada anteriormente, a saber:  $t \ Y_t = Y_0 e^{Rt}$ , obtendremos

$$\frac{\sigma}{\beta} t = Rt \text{ o } R = \frac{\sigma}{\beta} \quad (2)$$

De este modo, para conseguir en un momento dado la ocupación plena de la capacidad productiva, el ingreso nacional tiene que crecer a una tasa compuesta  $R$  igual a  $\frac{\sigma}{\beta}$ . Por ejemplo, si  $\sigma = 0.2$  (que corresponde a una propensión a consumir de 0.8) y  $\beta$ , o sea la relación

<sup>3</sup> He aquí la derivación de esta ecuación: si  $\sigma$  es la propensión a ahorrar, lo que es igual a  $1 - c$ , siendo  $c$  la propensión a consumir e  $Y$  el nivel del ingreso nacional,

$$S = Y\sigma \quad (1)$$

Se supone, además, que la relación entre el acervo de capital productivo y la corriente de ingreso es de tipo lineal, de manera que si  $K$  es el acervo de capital en un momento dado e  $Y$  la corriente correspondiente del ingreso,

$$K = \beta Y \quad (2)$$

donde  $\beta$  es la “relación”, deduciéndose de esto la relación marginal  $\frac{dK}{dt} = \beta \frac{dY}{dt}$ , o, como  $\frac{dK}{dt}$  no es otra cosa que la inversión neta,  $I$ ,

$$I = \beta \frac{dY}{dt} \quad (3)$$

La condición de equilibrio se obtiene igualando las expresiones (1) y (3).

$$Y\sigma = \beta \frac{dY}{dt} \text{ ó } \frac{dY}{dt} = \frac{\sigma}{\beta} Y \quad (4)$$

Este es un tipo de ecuación diferencial muy conocido, en que la tasa de crecimiento de la variable es proporcional a la variable misma. Cuando se resuelve, da una ecuación de tipo exponencial:

$$Y_t = Y_0 e^{\frac{\sigma}{\beta} t} \quad (5)$$

capital-ingreso, es 2 (esto es, que por cada \$2 de capital adicional se produce un ingreso adicional de \$1), el ingreso nacional debe crecer a una tasa anual compuesta de  $\frac{0.2}{2} = 0.1$ , sea, el 10%. Otra conclusión en el sentido Harrod-Domar contenida en la ecuación (2) es la siguiente: cuanto mayor sea el valor de  $\sigma$  (proporción de ahorro a ingreso) y menor el valor de  $\beta$  (relación de capital a ingreso), tanto mayor será la tasa de crecimiento exponencial del ingreso nacional que se precisa alcanzar para mantener la ocupación plena de la capacidad productiva.

Enfocada desde un ángulo distinto, la ecuación (2) puede aplicarse a los problemas de crecimiento de los países insuficientemente desarrollados. Ya no se trata, como en el caso de los países económicamente adelantados, de encontrar la tasa de aumento que “debe” alcanzar el ingreso nacional para que sea compatible con un determinado crecimiento de la formación de capital, sino de determinar qué tasa de formación de capital se requiere para alcanzar una determinada tasa de crecimiento económico. Así, por ejemplo, supongamos que el objetivo del desarrollo se plantea en la forma de un incremento del producto real *per capita* de, digamos,  $r\%$  anual. Si la tasa de crecimiento de la población es  $\pi$ , la tasa total de crecimiento del ingreso real que se necesita es  $R = \pi + r$ .

Sustituyendo la tasa de crecimiento  $R$  por el valor de  $\beta$  en la ecuación (2), tenemos:

$$R = \pi + r \text{ es igual a } \frac{\sigma}{\beta}. \quad (3)$$

Conociendo  $\sigma$  y  $\beta$ , que son las características de la economía, esto nos indica hasta qué punto estas características son compatibles con nuestro objetivo de desarrollo  $r$ .

Como aproximación gruesa, nuestra expresión nos capacita para formular ya, de manera compacta, dos proposiciones elementales acerca del mecanismo del desarrollo económico. Primera: la tasa de desarrollo de una economía dada, siempre que permanezcan iguales otras cosas, estará en razón directa de los ahorros obtenidos del ingreso corriente o, para ponerlo en otros términos, de la proporción del ingreso nacional que quede disponible cada año por no haberse consumido. Segunda: la tasa de desarrollo económico, permaneciendo iguales las demás cosas, será inversamente proporcional a la relación capital-ingreso; cuanto menor sea la proporción de capital adicional requerida para producir ingreso adicional, tanto mayor será la contribución de la nueva inversión al incremento del ingreso real.

Tratemos ahora acerca del significado de los parámetros  $\beta$  y  $\sigma$ . La primera de estas magnitudes se determina en cualquier tiempo dado por el grado de desarrollo tecnológico. Por lo general,  $\beta$  es relativamente

bajo en los países de insuficiente desarrollo cuya estructura de producción es de baja densidad de capital; fluctúa alrededor de 2.0 en los países de América Latina contra 3.5 en los Estados Unidos. Es evidente que en cualquier proyección o programación del desarrollo económico el dar un valor bajo a  $\beta$  tendería a reducir la presión sobre los recursos internos que habría que retirar del consumo; o, si la inversión resulta en parte de recursos extranjeros, reduciría en forma correspondiente las necesidades de financiamiento exterior y la presión sobre la balanza de pagos. Todo programa de desarrollo económico debe tener en cuenta este factor de manera equilibrada, al decidir sobre el nivel técnico a adoptar en siquiera algunas fases del proceso de industrialización. Con demasiada frecuencia tiende a considerarse que los procedimientos tecnológicos de gran intensidad de capital de los países más avanzados en industria deberían adoptarse sin discusión en los países poco desarrollados.

Una inversión de elevada densidad de capital puede ser económicamente eficaz en los países de alto nivel de ingreso real *per capita* y abundancia relativa de recursos de inversión respecto a los de mano de obra; pero la situación es esencialmente distinta en los países insuficientemente desarrollados. En éstos la meta principal, dentro de un programa de fomento económico, es la eliminación, tanto como sea posible, de su desempleo estructural, procurando a la población subocupada los recursos complementarios que se precisan en forma de inversión de capital. En este caso, los recursos de inversión esencialmente escasos deberían utilizarse con gran discriminación para lograr, tanto como sea posible, una igualación de la productividad *social* marginal de la inversión en los distintos usos. Es verdad que en muchos casos de inversión privada, la productividad social marginal de la inversión puede coincidir con la productividad privada marginal (de suerte que se alcanzará un máximo tanto del producto social como de las ganancias privadas). Pero puede haber casos en que una inversión de gran densidad de capital que se juzgue lucrativa desde el punto de vista de la economía privada resultaría dispendiosa desde el punto de vista de la economía en su conjunto. En tales casos, el grado en que sea posible a las autoridades económicas ejercer una influencia equilibradora sobre las decisiones de inversión privada, dependerá sin duda de las medidas de control disponibles, que pueden ser de orden monetario, fiscal o de naturaleza directa. Mencionaremos, por ejemplo, como mera posibilidad, el hecho de que la mayoría de los países de América Latina ejercen algún control sobre sus importaciones. Como lo más probable es que el equipo de capital se importe del exterior, dicho control puede constituir un medio efectivo para influir en forma conveniente sobre la estructura de la inversión privada. El problema de la elección de la magnitud del paráme-

tro  $\beta$  o de la densidad de capital de la nueva inversión surge también, desde luego, cuando la inversión la lleva a cabo directamente el sector público, aun cuando no se presenta el aspecto de coordinación.

Examinemos ahora el segundo parámetro de nuestra expresión, a saber, la proporción entre el ahorro y el producto nacional bruto,  $\sigma$ .

En esencia, la magnitud de este parámetro determina la parte del producto nacional total que la comunidad no consume, siendo el ahorro, por definición, la parte no consumida del producto nacional.

Se deberá tener presente que el concepto de ahorro se emplea aquí en su acepción más amplia, esto es, que no comprende solamente el ahorro privado, sino el ahorro de la economía en su conjunto. En otras palabras, el coeficiente  $\sigma$  no se refiere tan sólo a la propensión a consumir del sector privado, sino a la propensión a consumir de la colectividad respecto al producto total. La diferencia entre ambos conceptos se manifiesta cuando se toma en cuenta la inversión *total* de la economía, tanto pública como privada, como ocurre sobre todo en América Latina, donde las inversiones de fomento suelen basarse en una gran medida en actividades públicas.

La relación entre el ahorro privado y el ahorro total es la siguiente: sea  $S_t$  el ahorro total de la economía,  $S_p$  el ahorro privado,  $I_p$  la inversión pública y  $D$  el déficit del presupuesto consolidado (esto es, el déficit total del sector público, incluidos los gastos de la cuenta de capital). Luego

$$S_t = S_p + I_p - D$$

o bien, de otro modo, si  $D_c$  es el déficit presupuestal *en cuenta corriente* (o  $F_c$  el superávit presupuestal en cuenta corriente, pues siendo  $D_c$  una magnitud algebraica, el superávit presupuestal es equivalente al valor negativo de un déficit presupuestal  $F_c = -D_c$ ), tendremos

$$S_t = S_p - D_c \quad (\text{o bien } S_t = S_p + F_c). \quad (4)$$

Así, pues, el ahorro total es igual al ahorro privado menos el déficit presupuestal del gobierno en cuenta corriente (o más el superávit presupuestal). Significa que, en determinadas circunstancias, el poder público está en situación de adicionar la corriente del ahorro privado mediante el ahorro “forzado” en la forma de un superávit presupuestal en cuenta corriente. Este último puede lograrse por una reducción del presupuesto en cuenta corriente, esto es, restringiendo el consumo público de bienes y servicios en cuenta corriente o, lo que generalmente es más probable, por un aumento de la tributación. El poder fiscal del Estado representa para el mismo un instrumento importante de dirección de los recursos reales de la economía, si se juzga necesario desviar el máximo posible de los recursos nacionales hacia la inversión.

Como ejemplo numérico aplicable particularmente a los países latinoamericanos, sustituyamos el valor de  $\beta$ , que es el valor de la relación marginal capital-ingreso, por una cifra de 2.1, que es un promedio teórico aproximado de esta magnitud. El valor de  $\sigma$ , o sea la proporción entre el ahorro interno *neto* y el ingreso nacional, puede darse aproximadamente por 0.9, o tal vez un poco menos.<sup>4</sup> Sustituyendo los valores de  $\sigma$  y  $\beta$  en la fórmula (3) obtenemos una tasa aproximada posible de crecimiento del ingreso total  $R$  de  $\frac{0.09}{0.21} = 0.43$ , ó 4.3%; y considerando

en 2.1% la tasa media de crecimiento de la población en América Latina, se tiene una posible tasa de crecimiento *per capita* de alrededor del 2.2%.

Hasta ahora hemos considerado el caso del financiamiento de la inversión necesaria sólo por el ahorro interno. Desde luego, esto no excluye la existencia de importaciones. Por el contrario, para aumentar el equipo de capital básico de los países de insuficiente desarrollo, se requiere la importación de considerables cantidades de bienes de inversión (acero estructural y otros metales, maquinaria, etc.), que no podrían producirse en el país. Además, en la mayoría de los países insuficientemente desarrollados la existencia de un déficit crónico de producción de artículos alimenticios obliga a la importación continua de alimentos. Como se verá más adelante, el progreso de los planes de desarrollo significará, cuando menos a corto plazo, el aumento de la presión sobre la oferta de alimentos; y en los países deficitarios de éstos puede incrementarse el déficit junto con la necesidad de importaciones de artículos alimenticios, al mismo tiempo que aumenta la importación de bienes de capital. En nuestro esquema simplificado anterior habíamos supuesto una situación de equilibrio en el comercio internacional, donde las importaciones eran iguales a las exportaciones.

Si las importaciones están perfectamente compensadas por las exportaciones de los bienes producidos en el país, la situación no se diferencia de aquella en que se utilizan directamente los recursos internos, excepto por el proceso del intercambio. En último análisis, los bienes exportados se pueden considerar como consumidos o invertidos en el interior en forma de importaciones correspondientes.

¿En qué grado es realista el supuesto de que las necesidades de importación de un país en proceso de desarrollo se compensan por un aumento de las exportaciones? Es decir, ¿podrá semejante país expandir sus exportaciones para mantenerlas parejas con el ritmo de las importaciones? No se puede dar una respuesta de carácter general. Hasta cierto

<sup>4</sup> La tasa de ahorro bruto, que es por supuesto mucho más alta, alrededor de 0.15, tiene que reducirse por el monto de los ahorros necesarios para conservar el equipo productivo existente, o sea por las reservas de depreciación, que rebajan la tasa de ahorro bruto en un 40% aproximadamente.



punto, la presión sobre las exportaciones podría aliviarse restringiendo las importaciones de bienes correspondientes al consumo de artículos no esenciales; de este modo, se reducen las importaciones a los bienes de consumo necesarios y se reemplazan importaciones por bienes de producción interna. El constante descenso de la proporción entre las importaciones y el producto nacional bruto demuestra que en América Latina ha habido una tendencia a tales sustituciones en las últimas décadas, según se deduce de un estudio reciente de la CEPAL. La proporción entre las importaciones y el ingreso nacional en América Latina considerada en su conjunto bajó de 21% en la preguerra a 15% aproximadamente en el período 1946–1952. El efecto de sustitución fué más marcado en los bienes de consumo terminados y menos intenso en los bienes de capital. El porcentaje de las importaciones de bienes de consumo respecto al consumo total declinó de 11.8% a 5.8%; y el de las importaciones de bienes de inversión respecto a la inversión total descendió de 52.1% a 34.6%. La sustitución se reflejó también en el cambio en la estructura de las importaciones, ya que la proporción de los bienes de consumo al total importado declinó de 47.6% a 33.2%. Por otro lado, las importaciones de materias primas y combustibles subieron de 19% del total importado en 1925–1929 al 28% en 1946–1952.<sup>5</sup>

Aun en el supuesto de que durante las próximas décadas el efecto de sustitución continuara presionando hacia abajo la *proporción* de las importaciones respecto al ingreso nacional, el hecho de que un programa de desarrollo implique una tasa continua de crecimiento del producto nacional significa que las importaciones crecerán en términos *absolutos*. Si suponemos, por ejemplo, una tasa de crecimiento de 4.5% anual, que es la tasa que corresponde a la que se alcanzó en el período postbélico, el producto nacional total de América Latina se duplicará en unos 15 años y se triplicará en 24. Si el coeficiente de las importaciones en los próximos 25 años sigue declinando de 15 a 10% del ingreso nacional, esto es, se reduce un tercio, el nivel absoluto de las importaciones tendrá que duplicarse en ese lapso.

El grado en que las exportaciones puedan aumentarse dependerá de varios factores del lado de la oferta y la demanda. Desde el ángulo de la oferta, las inelasticidades de la oferta de factores ejercerán un efecto restrictivo sobre la posibilidad de expansión de las exportaciones, haciendo subir, por ejemplo, los costos de producción marginales. Por el lado de la demanda, la posibilidad de incrementar los *ingresos* en divisas derivados de la exportación dependerá de las funciones de elasticidad de precio y de ingreso de la demanda extranjera de importaciones latino-americanas y del nivel de la actividad económica en el resto del mundo.

<sup>5</sup> Comisión Económica para América Latina, *Estudio preliminar sobre la técnica de programación del desarrollo económico*, Doc. E/CN.12/292, pp. 36–37.

A este respecto sería arriesgado comprometerse con afirmaciones generales. Aun suponiendo un aumento secular del ingreso y de la demanda de importaciones en el resto del mundo, el impacto sobre cada país considerado aisladamente dependerá de la naturaleza de sus exportaciones.

Un elemento importante que en parte refleja los efectos de los factores antes señalados es el de las variaciones de la relación de precios del intercambio, a través de las cuales los países importadores pueden ganar o perder en el proceso de intercambio según el movimiento relativo de los precios de sus exportaciones e importaciones. Como los países insuficientemente desarrollados son en su mayoría productores de materias primas cuyos precios experimentan fluctuaciones pronunciadas, mientras los precios de las importaciones son menos sensibles, la relación de precios del intercambio de dichos países está sujeta en general a grandes fluctuaciones que dependen, en gran medida, de los cambios en la demanda efectiva de los países económicamente más desarrollados. Se observará que, por lo general, la relación de precios del intercambio fué favorable a los países de América Latina en el período postbélico. Es probable, no obstante, que la mayoría obedeciera a la presencia de cierto número de factores favorables que no necesariamente se repetirán en el futuro.

En suma, si se proyectan, aun cuando en forma gruesa, por un lado, el curso futuro de la capacidad para importar —la cual está representada por las posibilidades de exportar— y, por otro, las necesidades de importación, que surgen de una tasa de crecimiento determinada, y suponiendo que la relación de precios del intercambio se mantenga al mismo nivel del período postbélico, se llega a la conclusión de que terminará por producirse un desequilibrio permanente de la balanza de pagos de los países insuficientemente desarrollados.

Eliminemos ahora la hipótesis de una situación de equilibrio de la balanza de pagos, y tomemos en cuenta la posibilidad casi segura de que la tasa de desarrollo requerida tendrá que obtenerse parcialmente a través de un continuo excedente de importación. Éste puede financiarse en primer lugar con las reservas acumuladas de oro y divisas. Sin embargo, esta solución es parcial y limitada, así que, en la mayoría de los casos, el exceso de importación habrá de financiarse mediante la importación de capital extranjero, en forma de crédito o empréstitos. En tal coyuntura, el resultado neto es que una parte de las inversiones de los países importadores se financia en realidad con los ahorros de los países exportadores. Esto puede verse en la ecuación del ahorro y la inversión de las cuentas nacionales:

$$\text{Ahorro interno total} = \text{Inversión privada bruta} + \text{Inversión pública} + \text{Excedente de exportación};$$

de donde

Inversión total (pública y privada) = Ahorro interno total  
— Excedente de exportación.

O bien, ya que un exceso de importaciones es un excedente negativo de exportaciones.

Inversión total = Ahorro interno total + Excedente de importación.

El cuadro 1 ejemplifica los valores de la inversión bruta y el ahorro interno de algunos países latinoamericanos (como porcentaje del producto nacional bruto).

CUADRO 1

*Inversión bruta y ahorro interno de algunos países de América Latina, en porciento del producto nacional bruto*

	Período	Inversión interna bruta	Ahorro interno bruto
Brasil	1949	15.0	14.0
Cuba	1947-1949	10.0	13.6
Colombia	1947-1950	15.8	13.5
Chile	1947-1949	11.1	10.1
México	1947-1950	14.0	13.4

Fuente: Ortiz Mena, Urquidí, Waterston, Haralz (Comisión Mixta del Gobierno de México y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento), *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior* (México, Nacional Financiera, 1953), cuadro 13.

El efecto que resulta de recurrir al financiamiento exterior será acelerar la tasa de formación de capital real más allá de la dada por el ahorro interno. Aplicando nuestra fórmula de crecimiento del producto nacional como función del ahorro, hallamos en el ejemplo dado anteriormente que en América Latina, sobre la base de una tasa media de ahorro neto de alrededor de 0.09, la posible tasa de crecimiento del ingreso total real es 4.3% y la tasa de crecimiento del ingreso *per capita* es de 2.2%. Ahora demos por supuesto que el objetivo del desarrollo se establece en un 3% anual. Si se toma la ecuación que hemos desarrollado antes, la nueva tasa *per capita* de 3% corresponde a una tasa de crecimiento *total* de 5.1% al año. Encontraremos también con la ecuación (3) anterior la tasa requerida de ahorro total,  $\sigma'$ .

$$\frac{\sigma'}{\beta} = \pi + r = 0.021 + 0.03 = 0.051$$

y tomando el valor de  $\beta = 2.1$

$$\frac{\sigma'}{2.1} = 0.051. \text{ Luego, } \sigma' = 2.1 \times 0.051 = 0.107.$$

Como la tasa de ahorro interno  $\sigma$  es igual a 0.09, esto significa una tasa anual necesaria de ahorros traídos del exterior (excedente de importación) de  $0.107 - 0.09 = 0.017$ , o sea 1.7% del ingreso nacional.<sup>6</sup>

Aun cuando la consideramos como una adición marginal al ahorro total, la importación de capital extranjero con fines de fomento económico puede alcanzar niveles muy altos. Como ejemplo y para ilustrar los órdenes de magnitud involucrados, encontremos el valor del financiamiento exterior necesario, recordando nuestro supuesto de que el acervo de capital es proporcional al ingreso, de modo que su valor, en un período de tiempo determinado, está dado por la ecuación:

$$K_t = K_0 e^{rt} = \beta Y_0 e^{rt}, \text{ en la que } \beta \text{ es la "relación".}$$

En el ejemplo numérico consignado antes, la necesidad de financiamiento externo para pasar de una tasa de crecimiento  $R = 4.3\%$  a una tasa  $R' = 5.1\%$  es, en consecuencia:

$$K'_t - K_t = \beta Y_0 e^{R't} - \beta Y_0 e^{Rt} = \beta Y_0 (e^{R't} - e^{Rt})$$

Para un período de 10 años, partiendo de un ingreso total de 40,000 millones de dólares,<sup>7</sup> el financiamiento "correctivo" necesario sería el siguiente:

$$2.1 \times 38 \times 10^9 \times (e^{0.51} - e^{0.43}) = 2.1 \times 38 \times 10^9 \times 0.13 =$$

aproximadamente a 10,000 millones de dólares a precios de 1950.

Esta magnitud de las necesidades de financiamiento es indicación suficiente para convenir en que las importaciones de capital extranjero, como fuente de financiamiento de un programa continuo de fomento económico, pueden ser, en el mejor de los casos, de carácter complementario. La mayor parte de la formación de capital tendrá que obtenerse mediante la movilización de los recursos internos. Lo anterior permite también aclarar el punto ya examinado, referente a la necesidad

<sup>6</sup> Para presentar lo anterior en términos más generales, designemos la tasa de aumento del ingreso *per capita* por  $r'$ , la tasa de crecimiento de la población por  $\pi$ , la tasa total de incremento que se desea por  $R' = \pi + r'$ , la tasa de ahorro interno por  $\sigma$  y la tasa de financiamiento extranjero (o excedente de importación en relación con el producto nacional bruto) por  $\mu$ , de modo que la tasa total de formación neta de capital,  $\sigma'$ , sea igual a  $\sigma + \mu$ .

Tendremos:

$$R' = \frac{\sigma + \mu}{\beta}$$

Luego:

$$\mu = R'\beta - \sigma$$

Se advertirá que por financiamiento exterior se entiende aquí sólo el valor del exceso efectivo de importaciones al país. No se consideran las transacciones puramente financieras. Por ejemplo, si un país obtiene un empréstito en divisas para fortalecer las reservas del banco central contra la emisión de signos monetarios internos, no se tendrá en consideración desde el punto de vista de la formación de capital en el país prestatario.

<sup>7</sup> La cifra de 40,000 millones de dólares se aproxima al ingreso total de América Latina en 1950.

de una dirección racional de los recursos de inversión. Debe evitarse cualquier derroche causado por mala orientación de los recursos de inversión, ya sea en inversiones de carácter suntuario o en proyectos de inversión cuya productividad social marginal es relativamente baja. Así lo impone el alto costo que representa para la colectividad una movilización de recursos de inversión, sea por restricciones al consumo o por importaciones de capital extranjero.

## II

Hasta aquí se ha estudiado el problema del desarrollo en función de agregados o sumas totales de producto, consumo, ahorro e inversión. El crecimiento del producto nacional y del gasto nacional se ha analizado tomando este último como un todo, sin abordar el problema del comportamiento de cada uno de los diversos sectores de la producción y del consumo que forman el conjunto del producto y del gasto nacionales. Ésta fué una simplificación necesaria que nos permitió construir un modelo sencillo de desarrollo económico y derivar un cuadro general del funcionamiento de su mecanismo. Sin embargo, para una apreciación más realista del proceso es necesario ampliar nuestro análisis, teniendo en cuenta el hecho de que la importancia del impulso inicial de desarrollo en los sectores individuales de la economía puede ser desigual a consecuencia de una multitud de factores. Del lado de la oferta, es probable que exista un grado desigual de desarrollo tecnológico, un grado desigual de respuesta de los productores a las innovaciones y a los cambios; es también probable que existan diferencias en los arreglos institucionales en lo que toca a la estructura de la propiedad, lo que afecta la distribución de los ingresos de los factores y el monto mismo de la producción. Todos estos factores determinarán la elasticidad de la oferta en los diversos sectores de la producción. Del lado de la demanda, aunque fué posible establecer una relación relativamente sencilla entre los ingresos y el consumo totales, el problema se complica más cuando se trata de determinar la forma en que el aumento de la demanda total se distribuye entre los diferentes sectores (por ejemplo, productos alimenticios, artículos manufacturados, servicios, etc.). Este último problema encierra el conocimiento de las elasticidades ingreso y precio de diversas mercancías concretas, las elasticidades cruzadas entre distintas mercancías, etc.

Esto significa que un programa realista de desarrollo económico requiere un estudio de la economía sector por sector, en el cual se siga el desenvolvimiento del programa de desarrollo a través de los diversos sectores de la producción y el consumo. Una herramienta analítica útil para este fin podría ser, por ejemplo, las matrices de insumo-producto

de Leontief. Como es bien sabido, las tablas de Leontief hacen posible, partiendo de una producción dada de mercancías y servicios, averiguar las necesidades de factores (mano de obra, materias primas, recursos de inversión) en los demás sectores. Un análisis intersectorial de este tipo no sólo hace posible la preparación de "presupuestos de factores" en cada sector, sino que ayuda también a descubrir los puntos débiles en la economía, desde el punto de vista de las metas del desarrollo.<sup>8</sup>

Existe otro aspecto del modelo simplificado de desarrollo que presentamos como primera aproximación. Se supuso que los agregados económicos estaban ligados unos a otros por relaciones sencillas en forma de parámetros generales constantes, por ejemplo: propensión general a consumir (o a ahorrar) estable, relación general capital-producto también estable, coeficiente general estable entre importaciones y producto nacional. No se tuvieron en cuenta los posibles cambios estructurales en los agregados, ni la posibilidad de que los cambios de esta índole puedan afectar a los parámetros mismos de una manera que estorbe el funcionamiento del modelo teórico. En otras palabras, nuestro modelo de desarrollo no tuvo en cuenta la posibilidad de la generación de fricciones en el curso del proceso de desarrollo, que pudieran ser lo suficientemente graves para deformar a éste o aun frenarlo por completo.

Esto nos lleva al llamado problema del desarrollo económico "equilibrado", esto es, un proceso de desarrollo que suponga crecimiento armonioso de los diversos sectores de la economía, a fin de evitar que se produzcan perturbaciones funcionales que actúen como freno al proceso. Se ha discutido mucho en la literatura económica un aspecto particular de este problema, a saber, la prelación relativa del desarrollo de la agricultura y de la industrialización. Podría decirse que esas discusiones se han conducido frecuentemente en un nivel ideológico más bien que científico, sobre todo, la actitud emocional que frecuentemente se adopta hacia este problema no ayuda a su esclarecimiento, y el hecho mismo de que se presente bajo la forma de un dilema abstracto da lugar a controversias estériles de tipo demasiado general. Un procedimiento razonable para abordar el problema sería plantearlo en términos concretos, es decir, en función de una determinada economía con su estructura económica, política y social y suponiendo ciertas metas concretas de desarrollo, tales como la tasa de aumento del ingreso real, la estructura del producto nacional y su distribución entre los factores, etc.

Algunos aspectos de este problema serán examinados a continuación. Concentraremos nuestra atención sobre un aspecto especialmente importante de perturbación del proceso de desarrollo económico, a saber, el

<sup>8</sup> K. Mandelbaum ha desarrollado también la planeación detallada, sector por sector, de un programa de fomento económico. Véase su estudio *La industrialización de los países atrasados* (Madrid, Aguilar), que contiene un modelo de planeación del desarrollo para Europa sudoriental.

de las presiones inflacionarias que son puestas en movimiento por el proceso mismo, que demostró ser uno de los principales obstáculos en varios de los países embarcados en un aceleramiento deliberado de su desenvolvimiento.

La expansión de los ingresos que resulta de los gastos de inversión internos o de las exportaciones que son necesarias para financiar el aumento de las importaciones dará por resultado, por vía de la función consumo-ingreso, una demanda mayor de bienes de consumo, en particular de artículos alimenticios y de artículos manufacturados de consumo popular (por ejemplo, textiles). En la medida en que intervenga el efecto multiplicador, la demanda de bienes de consumo tendrá que aumentar también por algún múltiplo del impulso inicial, que en los modelos sencillos de la función multiplicador resulta ser igual a:  $(\frac{1}{\sigma} - 1)$ ,

siendo  $\sigma$  la propensión marginal a ahorrar.<sup>9</sup> Consideremos en primer lugar la significación del valor del multiplicador así obtenido.

El supuesto fundamental en la derivación de la fórmula del multiplicador es que la producción de artículos de consumo se ajusta —dando por sentada la existencia de recursos desocupados— al aumento de la demanda efectiva, de modo que se produce un aumento automático de la oferta. Como consecuencia del estímulo a las industrias que producen bienes de consumo, resultante del impacto de los gastos primarios  $\Delta I$ , se produce una “reacción en cadena” de los ingresos, los gastos en consumo, la producción de artículos de consumo, con nuevos pagos de ingresos a los factores, y así sucesivamente, lo que da por resultado un aumento  $\Delta Y$  de los ingresos totales, igual a la suma de la inversión inicial  $\Delta I$  y el efecto consumo  $\Delta C$  “multiplicado”.

Sin embargo, supongamos ahora que la oferta de bienes de consumo es inelástica; esto es, que la presión del aumento de los ingresos consiguiente a los gastos iniciales choca con una estructura inelástica de la

<sup>9</sup> Supóngase, por ejemplo, un aumento de la inversión  $\Delta I$ . Esto originará un incremento del ingreso nacional de una magnitud  $\Delta Y$ , que en los modelos sencillos de multiplicador resulta igual a  $\frac{1}{1-\sigma} \Delta I$  (donde  $\sigma$  es la propensión a ahorrar, que es igual a  $1 - c$ ). El incremento del ingreso  $\Delta Y$  se compone de dos elementos: 1) el aumento de la inversión  $\Delta I$ ; 2) el del consumo derivado  $\Delta C$ , que es igual a  $\Delta Y - \Delta S = \Delta I \times \frac{1}{\sigma} \Delta S$ . O bien, como  $\Delta S = \Delta Y \sigma = \Delta I \frac{1}{\sigma} \cdot \sigma = \Delta I$ ,  $C\Delta = \Delta I (\frac{1}{\sigma} - 1)$ , donde  $(\frac{1}{\sigma} - 1)$  es más que uno, siendo el coeficiente  $\sigma$  menos que uno. La expresión  $(\frac{1}{\sigma} - 1)$  puede designarse como el *multiplicador de consumo*, el que, como puede verse, es igual al multiplicador del ingreso menos uno. Así, si  $\sigma = 0.3$ , el multiplicador del ingreso es  $\frac{1}{0.3} = 3.33$ , y el multiplicador del consumo = 2.33.

producción de aquellos bienes. En tales casos, el efecto de los ingresos adicionales se traducirá sólo en parte en aumento de la producción, pues en parte se traducirá también en aumento de los precios de los bienes de consumo. En nuestro modelo, esto significa que el efecto multiplicador se reducirá. Se producirá todavía un aumento de los ahorros *ex-post*  $\Delta S$ , que será igual al incremento de la inversión  $\Delta I$ , pero los ahorros procederán en este caso en parte del coeficiente de ahorros implícito en las mayores ganancias. Se recordará que una situación de esa índole se producirá generalmente en una economía que está cerca de la fase de ocupación plena de sus recursos, en especial de la mano de obra, caso en el cual se produce una respuesta inelástica de la oferta a la demanda efectiva aumentada. El alza de los precios afectará desde luego en primer lugar a los sectores de “estrangulamiento” (*bottleneck*) antes de extenderse a toda la economía.<sup>10</sup>

El hecho de que en las economías poco desarrolladas exista generalmente una reserva considerable de mano de obra ociosa o subempleada no quiere decir que el aumento de la demanda efectiva dé por fuerza como resultado una oferta aumentada de mercancías al poner a trabajar la reserva de mano de obra. Lo que caracteriza a la economía subdesarrollada es precisamente el que un aumento de esta clase generalmente no se produce, debido a la falta de factores complementarios en forma de equipo y recursos naturales explotados. Por consiguiente, prevalecen condiciones de oferta inelástica aun cuando existan trabajadores desocupados. Puede también encontrarse un paralelo a una situación de este tipo en determinadas condiciones, en los países económicamente más adelantados. Supongamos que en una economía de este último tipo, a consecuencia de algún cataclismo nacional o de una guerra devastadora, se reducen bruscamente los recursos productivos complementarios en relación con la mano de obra disponible. En estos casos puede surgir la desocupación estructural de la mano de obra a consecuencia

<sup>10</sup> Por lo tanto, es inútil ocuparse en calcular “multiplicadores” de inversión (o inyecciones semejantes de ingresos no originados en la producción de bienes de consumo, tales como los déficit presupuestales, etc.) sobre la base de determinadas supuestas propensiones marginales a consumir. Se supone por lo general que dado el bajo nivel de ingreso de los países poco desarrollados, la propensión marginal a consumir de los mismos es muy elevada, lo que, empleando la fórmula del multiplicador, daría por consiguiente un valor muy alto a éste. (Por ejemplo, con propensión marginal a consumir de 0.90, o sea propensión marginal a ahorrar 0.10, el multiplicador de ingresos sería de 10, y el de consumo alrededor de 9.) De lo dicho antes, es evidente que la fórmula del multiplicador que suponga la existencia de factores de la producción no utilizados, una función elástica de oferta de bienes de consumo y una propensión marginal a ahorrar constante durante el período de propagación del efecto inicial de los ingresos, decididamente no tiene aquí aplicación. Así se tiene que, tomando por ejemplo los efectos secundarios sobre el consumo, es probable que a consecuencia de las inelasticidades de la oferta, agravadas por atesoramientos especulativos, etc., los gastos de consumo realizados por los perceptores primarios de ingreso originen una generación de ingresos secundarios con fuerte contenido de utilidades, de las que la tendencia al consumo es bastante inferior, de manera que el valor medio del multiplicador se reducirá fuertemente. El efecto multiplicador será desde luego también considerablemente menor en el caso de que la mayor demanda de bienes de consumo se resuelva mediante mayores importaciones.



de la falta de equipo con qué trabajar. Si a la vez el país adopta un vasto programa de reconstrucción, los precios de los bienes de consumo aumentarán con rapidez, a medida que los ingresos de los trabajadores y la demanda efectiva aumentada de éstos se encuentren ante una oferta inelástica de mercancías.<sup>11</sup>

En resumen, si suponemos un incremento de la inversión, el resultado será un aumento de los ingresos y de la ocupación mientras el aumento de la demanda efectiva pueda satisfacerse por medio de una oferta aumentada de productos alimenticios y bienes de consumo, ya sean producidos en el país o importados. El aumento paralelo de los ahorros en correspondencia con los mayores ingresos privados compensará los gastos de inversión, de suerte que no surgirán presiones inflacionarias.

Sin embargo, a consecuencia de las inelasticidades inherentes a la oferta de bienes de consumo, más bien será probable que el desarrollo económico lleve consigo presiones inflacionarias. Las inelasticidades de la oferta se concentrarán en el campo de los productos alimenticios y los manufacturados de demanda popular. De estos dos sectores, el de los productos alimenticios es probable que sea el que presente el grado más alto de vulnerabilidad. De hecho, aunque haya que hacer frente a una tendencia a las prácticas monopolísticas en las industrias de bienes de consumo, es al contrario común en muchos países poco desarrollados que en tales industrias exista una situación de desocupación y de capacidad no utilizada de carácter crónico. Más adelante examinaremos este aspecto más bien paradójico del desarrollo industrial. Por ahora, conviene señalar que es probable que sea en la oferta de productos alimenticios donde surjan los obstáculos más graves, y este aspecto merece un tratamiento algo más detallado.

Antes que nada, supongamos que el aumento en el sector de la inversión, que es la forma que el desarrollo económico adoptará en primer lugar, no entraña una transferencia de mano de obra de la agricultura, sino que se alcanza utilizando la reserva de mano de obra desocupada o subempleada de las ciudades. En esta hipótesis, si la productividad en la agricultura sigue siendo la misma, la producción de alimentos en las explotaciones agrícolas no será afectada. Como el consumo rural es probable que siga siendo el mismo, en vista de que no varía el número de personas en el campo, tampoco será afectado el excedente disponible para la venta a la población no agrícola.

Si se supone que el desarrollo tiene lugar mediante una transferencia de mano de obra de la agricultura, es bien posible que a consecuencia del hecho de que la mano de obra desplazada estaba en un estado de desocupación disfrazada —en otras palabras, que su productividad margi-

<sup>11</sup> Este ejemplo es citado por Joan Robinson en sus *Essays in the Theory of Full Employment*.

nal era muy baja o casi cero— la producción total de alimentos después de la transferencia será poco afectada, si es que resulta afectada en absoluto. Sin embargo, en vista del nivel generalmente bajo del consumo rural *per capita* de alimentos, es probable que la transferencia de mano de obra del campo a las ciudades no reduzca en la proporción correspondiente el consumo de la población agrícola restante, si es que la reduce; más bien dará como resultado un aumento del consumo *per capita* de alimentos en el campo, mientras se mantiene al mismo nivel que antes el consumo rural total de alimentos. Por consiguiente, la transferencia de mano de obra agrícola a ocupaciones relacionadas con la inversión creará un déficit de productos alimenticios igual al monto total de la demanda efectiva de alimentos de la mano de obra rural desplazada que ahora está en posesión de ingresos por salarios derivados de su ocupación en los proyectos de inversión. La demanda adicional de productos alimenticios resultante en este caso es probable que sea mayor que en el caso en el que no se produzca ninguna transferencia, en vista del hecho de que la mano de obra no agrícola ahora empleada en los proyectos de inversión había hecho algún consumo de alimentos en las ciudades, y la nueva demanda de productos alimenticios es solamente de una naturaleza adicional resultante de los ingresos mayores. En ambos casos, el aumento de la inversión dará por resultado una presión sobre los suministros de productos alimenticios. Si no existe ningún aumento en la oferta por medio de importaciones, los precios de los alimentos subirán.

Como se ha indicado antes, es probable que la oferta de artículos de consumo manufacturados sea más elástica que la de alimentos. Sin embargo, es posible que en ciertos casos la existencia de elementos monopolísticos en la industria impida que la producción aumente en forma adecuada ante el crecimiento de la demanda efectiva; en tales casos, las especulaciones y ocultamientos que suelen ocurrir intensificarán el alza de los precios.

El aumento de los precios de los artículos de consumo dará como resultado una baja de los salarios reales de la población ocupada, sobre todo de la que estaba ya ocupada. La pérdida de ingreso real será sentida especialmente por los obreros de las viejas ocupaciones industriales, en tanto que los salarios reales de los trabajadores recién entrados al mercado de mano de obra pueden incluso aumentar a pesar del alza del costo de la vida. Por consiguiente, el deterioro de los salarios en ciertas ocupaciones individuales puede en algunos casos ir acompañado de una mejoría general del nivel *medio* de los salarios para la economía considerada en su conjunto. Ello se debe a la transferencia de la mano de obra de salarios bajos de la agricultura a ocupaciones relativamente mejor retribuidas en la industria, de modo que a pesar de la “dilución”

de los salarios reales en las ocupaciones no agrícolas la tasa media de salario puede aumentar.<sup>12</sup>

La baja de los salarios reales en las ocupaciones antiguas proseguirá con el tiempo hasta el punto en que los trabajadores intenten proteger su nivel de consumo exigiendo salarios monetarios más altos. El grado en que lo consigan dependerá de su fuerza de contratación, de la actitud de los patrones, de la posición del gobierno, etc. Sin embargo, es evidente que de todos modos el nivel de los salarios reales no puede descender por debajo de algún nivel mínimo, aceptable social o políticamente, sin un aumento correctivo de los salarios monetarios. Al llegar a esta fase, se iniciará una espiral de costos y precios.

La inflación se ha defendido corrientemente como un procedimiento eficaz para la formación de capital en los países poco desarrollados en donde el ahorro voluntario es escaso a consecuencia del bajo nivel de los ingresos reales. Veamos en qué grado se justifica este argumento. Se recordará que todo aumento de la inversión, incluso financiado mediante una expansión del crédito, es siempre compensado *ex post* por ahorros resultantes del aumento de los ingresos. En condiciones de subocupación y si no se presentan estrangulamientos graves, no es forzoso que se presenten fenómenos inflacionarios. Habrá en tal caso un aumento paralelo de los ingresos y los ahorros, sin que cambie la distribución de los ingresos. En el caso de que el incremento de la inversión provoque una situación inflacionaria, se producirá también el aumento compensador de los ahorros *ex post*, pero éstos serán “ahorros forzados”, derivados del proceso inflacionario. Como es bien sabido, en una situación de inflación ocurre un aumento automático de la tasa de ahorros a consecuencia del cambio en la distribución de los ingresos a favor de las ganancias. Los recursos de la comunidad se desvían automáticamente del consumo a la inversión vía la dinámica del mecanismo inflacionario. Siendo de importancia primordial la necesidad de formación de capital de los países poco desarrollados, parecería justificarse económica y socialmente a la larga el método inflacionario para la formación de capital.

Es menester examinar este argumento más detalladamente. Examinemos primero la eficacia del proceso de ahorro forzado. Hemos visto antes que el alza de los precios, que cambia la distribución de los ingresos en favor de quienes reciben utilidades, genera mayores ahorros que compensan el aumento de la inversión. Sin embargo, el cambio en los ingresos hace que aumente también *pari passu* el consumo de la clase que recibe utilidades, de modo que una parte de los ahorros forzados logrados —o, lo que es lo mismo, una parte del consumo a que ha re-

<sup>12</sup> Una situación de este tipo que a primera vista parece paradójica fué puesta de manifiesto en un estudio de Juan F. Noyola Vázquez y Diego G. López Rosado, “Los salarios reales en México, 1939-1950”, *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, vol. XVIII, núm. 2, abril-junio de 1951, pp. 201-209.

nunciado la comunidad— se convierte en consumo del grupo que recibe ganancias y por consiguiente se desperdicia en el proceso; en otras palabras, para financiar una inversión dada  $I$ , el proceso exige un desplazamiento de la distribución de los ingresos de tal naturaleza que la reducción resultante en el consumo de los grupos que no reciben ganancias sea mayor que  $I$ ; siendo la diferencia el aumento del consumo del grupo que recibe ganancias. La pérdida de consumo así impuesta a la comunidad puede ser un múltiplo de la inversión original.

Otro punto que debilita la eficacia del proceso inflacionario como mecanismo automático de ahorro-inversión es que a la larga dará como resultado una deformación de la estructura misma de la inversión. Así, a medida que la redistribución constante de los ingresos en favor de las ganancias favorezca el consumo de artículos de lujo por los grupos que los reciben, se manifestará una tendencia al desplazamiento de los factores de la producción hacia la producción de artículos de lujo, la importación de mercancías no esenciales y el desvío de recursos de inversión por cauces similares (por ejemplo, la construcción de edificios residenciales lujosos, fábricas productoras de artículos de lujo, etc.). Es evidente que tal deformación de la estructura de la producción y la inversión es un desperdicio social. En nuestra ecuación de desarrollo, la relación capital-producción (el parámetro  $\beta$ ) pierde una buena parte de su significado en términos de su contribución al crecimiento del producto  $Y$  (en nuestra ecuación).

Las presiones inflacionarias en el sector de los productos alimenticios es probable que también vayan asociadas, en determinadas condiciones, con un estancamiento—aun una baja—de la producción en las industrias de artículos de consumo y con la aparición de una capacidad excedente crónica. Este fenómeno algo paradójico en el seno de una situación inflacionaria se ha experimentado en realidad en los últimos años en varios países de América Latina. El mecanismo de esta situación puede describirse como sigue: como consecuencia del alza de los precios de los productos alimenticios, que absorben gran parte de los ingresos de los grupos urbanos de ingresos bajos, se reduce la demanda efectiva de estos grupos respecto a artículos de consumo manufacturados. Naturalmente, podría esperarse que el aumento de los ingresos rurales, que es la contrapartida de los precios más altos de los productos alimenticios, haría aumentar en una proporción correspondiente la demanda rural de artículos manufacturados de consumo y de esta manera compensaría la disminución de la demanda urbana. Sin embargo, esto no sucede necesariamente. Por ejemplo, en los países en que el sistema de tenencia de la tierra es de tal naturaleza que los productos alimenticios son cultivados por productores en gran escala, el beneficio de los precios más altos corresponderá a personas que están incluidas dentro de un

grupo de ingresos relativamente elevados y que tienen un patrón de consumo diferente. Por consiguiente, en primer lugar se gastará una parte más pequeña del ingreso adicional, y cuando se gaste, se destinarán a artículos de consumo de mejor calidad o importados. Aun en el caso de que los productos alimenticios sean producidos por productores pequeños se produce una situación semejante si los aumentos de los precios son absorbidos en su mayor parte en forma de márgenes más grandes de ganancia de los intermediarios y añaden muy poco a los ingresos de los productores primarios. Finalmente, ante su nuevo nivel de ingresos puede existir un “rezago institucional” en el ajuste del patrón de consumo de la población rural, de modo que el aumento de los ingresos rurales—incluso cuando se produce—no dará necesariamente por resultado un aumento equivalente de la demanda de artículos manufacturados de consumo.

Resumiendo lo que antecede, un proceso inflacionario provocado por la expansión de la inversión relacionada con un programa de desarrollo, incluso suponiendo que desempeñe una función de movilización forzosa de los ahorros, lo hará de una manera social y económicamente dispendiosa. Impondrá una carga de restricción del consumo a los grupos de ingresos más bajos que será superior con mucho a su equivalente en inversión socialmente útil; favorecerá una deformación antieconómica de la estructura de la producción y la inversión y, en algunos casos, provocará desajustes de la demanda de los consumidores que conducirán a un estancamiento de las industrias productoras de artículos de consumo, de modo que las inversiones en nueva capacidad de producción serán contrarrestadas por la aparición de capacidad ociosa en las industrias ya establecidas.

Por último, es probable que el proceso mismo de redistribución de los ingresos y de generación resultante de ahorros derivados de ganancias se vea frenado por los fenómenos secundarios que acompañan a una situación inflacionaria prolongada, a saber, el desarrollo de una espiral de salarios y precios. Es ya sabido que una característica de la espiral de costos y precios es el hecho de que las participaciones de los factores en el producto (utilidades y salarios) mantienen aproximadamente su posición relativa, aun cuando ambos grupos pueden beneficiarse hasta cierto punto por una redistribución de los ingresos a su favor procedente de los grupos con ingresos fijos o relativamente inflexibles (pensionados y personas que reciben anualidades, empleados gubernamentales y de oficina, etc.).

El estudio de las políticas gubernamentales adecuadas para contener las repercusiones inflacionarias de un programa de desarrollo está fuera del campo de este trabajo y aquí sólo podemos presentar un tratamiento muy esquemático de este problema. El papel del economista analítico

consistirá en localizar las tensiones producidas por el impacto de los gastos de desarrollo e indicar el origen de dichas tensiones. Esto contiene en sí mismo las indicaciones sobre la dirección que debe adoptar la política del gobierno. Las medidas pueden ser de dos clases: medidas fiscales y financieras, y medidas directas. Las fiscales se propondrán corregir los desplazamientos excesivamente grandes de la distribución del ingreso y reducir en la medida de lo posible los efectos que sobre el consumo y la importación tengan los ingresos generados por el proceso inflacionario. Esto presupone controles adecuados a la importación y una administración fiscal eficaz que esté en situación de aplicar y obligar a cumplir medidas como un impuesto sobre las utilidades de exportación, impuestos efectivos sobre el ingreso, incentivos para canalizar las utilidades por cauces de inversión convenientes, etc. Las medidas financieras pueden ser del tipo de los controles selectivos del crédito que desalienten el uso incorrecto del crédito para actividades especulativas y de acaparamiento. Sin embargo, debe observarse que, en términos generales, la experiencia con los controles sobre el crédito no ha sido siempre muy alentadora. La restricción selectiva del crédito, a menos que se administre de una manera sumamente precisa, puede resultar contraproducente. Por ejemplo, puede tender a perjudicar a los productores relativamente pequeños —generalmente en el ramo de bienes de consumo— cuyo crédito ya fuera inadecuado en condiciones normales. Habrá en consecuencia una reducción de la oferta de bienes de consumo y mayor presión sobre los precios. Por otro lado, una política de restricción general del crédito que sea lo suficientemente rigurosa para provocar una fuerte presión sobre la liquidez de los negocios puede dar por resultado un descenso deflacionario de la producción y la aparición de la desocupación.

En lo que respecta a las medidas directas, el problema clave, por lo menos en los países que tienen déficit de alimentos, será el de los productos alimenticios. De hecho, el problema de la presión sobre los suministros de alimentos, por lo menos en lo que respecta a los artículos fundamentales, puede presentarse incluso en los países con excedente de productos alimenticios. Si la elevación de la demanda de productos alimenticios de gran consumo en el interior del país no va acompañada de un incremento correspondiente de la producción, la mayor demanda interior ejercerá presión sobre el margen disponible para las exportaciones y reducirá las divisas obtenidas por debajo de las necesidades mínimas para importaciones de artículos de capital y materias primas para las industrias del país. Esto a su vez puede crear una situación de escasez del lado de la oferta y hacer subir los precios. Sin embargo, el problema de la presión sobre los suministros alimenticios es más grave en los países con déficit de tales productos, que representan el caso más gene-

ral. Es casi una tautología decir que, en esas circunstancias, las medidas del gobierno deben intentar al principio elevar el nivel de la producción de productos alimenticios dentro del país, y segundo, movilizar de las granjas los mayores excedentes de productos alimenticios con el fin de satisfacer las necesidades de la creciente fuerza de trabajo en las ocupaciones no agrícolas.

Los dos problemas están en realidad íntimamente relacionados. Se ha dicho antes que en muchos casos, dado el bajo nivel del consumo de productos alimenticios en la agricultura de subsistencia, es muy probable que sin un aumento de la productividad del campo no se producirá una adición al excedente de producción rural de alimentos en forma correspondiente con la transferencia de mano de obra a las ocupaciones no agrícolas. Se han hecho algunas propuestas en el sentido de que esos excedentes extraordinarios podrían ser movilizados elevando los impuestos a los agricultores, lo que les obligaría a vender los excedentes en lugar de consumirlos. Sin embargo, haciendo a un lado consideraciones de equidad, difícilmente puede considerarse como realista suponer que podrían aplicarse medidas de esa naturaleza con alguna eficacia real.

El problema central es, pues, aumentar la oferta *en el mercado* de artículos alimenticios producidos en el país aumentando la productividad en la agricultura. Las medidas para aumentar la producción de artículos alimenticios deben formar parte integral del programa de desarrollo, y el desarrollo agrícola debe estar coordinado con el resto del programa de desarrollo. Esto significa, por ejemplo, que en algunos casos, dado un programa de obras de desarrollo agrícola, se debe dar preferencia a las que es probable produzcan resultados en el plazo más corto posible; en nuestra terminología, se dará la preferencia a las inversiones en que la relación capital-producto sea baja. Como ejemplo, las pequeñas obras locales de riego que producirían resultados inmediatos en forma de mejores cosechas de productos alimenticios pueden estar más indicadas que las obras de riego en gran escala. Esto reduciría al mismo tiempo la presión sobre los recursos de inversión y acortaría el período de productividad de la inversión. Como ejemplo de otro tipo de coordinación del desarrollo agrícola e industrial, si la posición en lo que respecta a la producción agrícola en un país dado es tal que una transferencia de mano de obra de la agricultura a la industria da por resultado una disminución de la producción y costos más altos, el desarrollo del sector industrial debe ir acompañado por una mecanización paralela de la agricultura, que eleve su productividad a fin de compensar la pérdida de mano de obra. Si no se hace esto, se producirán presiones en la estructura de los costos de la agricultura, que con el tiempo traerán una espiral inflacionaria de costos y salarios en el resto de la economía.

Esos son solamente algunos ejemplos de los problemas de coordinación que pueden presentarse. Es evidente que cada país tendrá que hacer frente a sus problemas privativos que requerirán el empleo de métodos concretos para resolverlos. Y lo que es más importante: el problema no se limita en modo alguno al campo de la economía. Entraña diversos problemas políticos, institucionales y tecnológicos, que tendrán que estudiarse y resolverse al mismo tiempo si se quiere llegar a una solución satisfactoria del problema económico. Aunque estos aspectos no económicos del desarrollo son cuando menos tan importantes como el puramente económico, su examen está fuera del campo del tema fijado en este trabajo.